

Opera al mediodía

MARIO CORDOVA

Siendo los llamados *Conciertos de mediodía* del Teatro Municipal una tan especial (y muy económica) instancia de encuentro del público con las artes musicales, el ingreso que a ellos acaba de hacer el género lírico se constituye en un gran paso hacia la divulgación masiva de la ópera en Chile.

Quienes asisten con frecuencia a estos conciertos, ya han sido testigos de toda una gama de manifestaciones dentro de las cuales la ópera no estaba teniendo cabida. Y con razón, pues su montaje es complejo, requiriendo de una costosa cantidad de elementos.

Quiso la fortuna, sin embargo, que el talento y el esfuerzo de algunas personas fuera clave para poder concretar aunque de un modo muy *sui generis*, la gran posibilidad de tener ópera al mediodía en el citado teatro, abriendo nuevas puertas a un público que en su mayoría no accede a otras temporadas vespertinas de entradas más caras.

Pero, como paradoja, si bien este decisivo paso se dio en la gran sala del Municipal, el montaje prescindió casi por completo de la infraestructura que ella brinda a las representaciones operáticas. Sólo con algunos elementos esenciales como escenografía, sin vestuario *ad hoc* a la trama dieciochesca, sin uso del foso orquestal y con un apoyo lumínico muy básico para un escenario reducido, se pudo ofrecer una fluida y muy digna representa-

ción de *Così fan tutte* de Mozart, título que pocos habrían pensado como el ideal o el más fácil para producir.

La representación fue dividida en dos días consecutivos, con un acto para cada uno de ellos. La obra se sometió, además, a los justos cortes para reducirla a alrededor de una hora por jornada. Como nunca, cobraron importancia los sobretítulos con la traducción simultánea al español.

Miryam Singer tuvo a su cargo el papel de Fiordiligi, cuya amplia tesitura no opuso problemas a un notable canto que confirmó un talento ya apreciado en responsabilidades pasadas.

En un año de intensa actividad para la mezzosoprano argentina Miriam Caparotta, esta artista encarnó a una Dorabella muy satisfactoria, con ciertas dificultades en la exigente aria del primer acto. Ferrando fue el tenor Isaac Verdugo, espléndido una vez más en el papel que mejor ha servido en su carrera *belcantista*. Patricio Sabaté se convirtió en la revelación, con la responsabilidad del papel de Guglielmo, cantando con un timbre hermoso aunque no siempre parejo, producto sin dudas de su calidad de casi debutante. El experimentado Rodrigo Navarrete personificó a un gran Don Alfonso, sin problemas de volumen, que ya parecen cosa superada.

Claudia Virgilio fue una Despina con ciertos bemoles en lo musical, pero memorable en la actuación. No cabe duda de que en ella la *régie* de Miryam Singer

se detuvo más que en ningún otro personaje de la ópera, con un resultado sobresaliente en simpatía e histrionismo.

La conducción musical de la Camerata Filarmónica de Santiago, emplazada sobre el escenario, junto a los cantantes, tuvo en la batuta de Eduardo Browne a un hábil artista, capaz de obtener la justa sonoridad de sus dirigidos, no obstante el reducido número. Su ubicación en paralelo y no frente al canto, significó algunos desajustes de tiempos que rápida y hábilmente fueron subsanados.

Un acierto de la *régie* de esta singular producción fue la traída de la ópera a tiempos presentes, en los que sin dañar en lo absoluto la esencia argumental fueron los papeles de Ferrando, Guglielmo y Despina los que estuvieron mejor trabajados bajo esta condicionante contemporánea.

Este *Così fan tutte* fue una experiencia inolvidable, merecedora de todo elogio, en la que el talento de Miryam Singer, verdadera madre del proyecto, demostró que un ingenio desbordante puede primar por sobre la escasez de recursos, consiguiendo un resultado magnífico.

Una iniciativa como ésta es el mejor aliado del ciclo *Encuentro con la ópera*, el cual entre muchos otros logros de sus más de diez años de actividad ha conseguido consolidar a un grupo de cantantes nacionales absolutamente capaces de hacer buena ópera en Chile.

CRITICA DE OPERA

"Cosi Fan Tutte"

Circunstancias especiales rodearon la presentación de la ópera bufa "Cosi fan tutte" (o La Escuela de los Amantes), de Mozart, en la serie de Conciertos de Mediodía del Teatro Municipal.

Podría decirse que el reino del buen humor y de la farsa dieciochesca imperó, con éxito, desde la idea de hacerlo hasta los detalles de la música y la actuación. Miryam Singer, nuestra laureada soprano, debutaba como regista, vestuarista e iluminadora, aparte de cantante; el pianista y director Eduardo Browne, concertaba la pequeña orquesta y acompañaba al clave, en un lado del escenario, que compartió con los seis personajes de la trama. La regista fijó la acción en nuestros días, con lo cual la comicidad tuvo un acicate más. Y, finalmente, diremos que este desafío a la tradición operística culminó al dar un acto en un día y el segundo al día siguiente, ya que el tiempo disponible para los Conciertos de Mediodía es lo que dura una colación. El teatro se llenó y el público, en gran parte

juvenil, se sentía muy a gusto.

Por supuesto que Mozart acogió el argumento trazado por su amigo y colaborador Lorenzo da Ponte, un real experto en picardías de todo género. Se trataba de demostrar que las mujeres, por muy enamoradas que estén, no dejan de caer en la tentación si es que sus amantes las dejan solas. Fiordiligi y Dorabella cayeron en la trampa urdida por un cierto filósofo, Don Alfonso, muy cínico. Ayudado por su sirviente Despina, inventa disfrazar a Ferrando y Guglielmo, novios de las dichas hermanas, para conquistarlas luego de fingir su partida.

Tales farsas desafiantes del sentido común eran cosa corriente en el humor de los *intermezzi* y de las óperas bufas italianas, donde los matrimonios equivocados, los personajes fingidos y los disfraces están presentes en múltiples formas desde "La Serva Padrona", "Il Matrimonio Segreto", "Las Bodas de Figaro", hasta "Don Pasquale" y "El Barbero de Sevilla". Siempre hay una camarera ingeniosa,

un viejo ricachón que pretende a una joven, y lances amorosos disfrazados, todo lo cual conduce a un final feliz y una moraleja. En este caso se dice al público: "Feliz aquel que toma todo por el lado bueno", ya que los amantes perdunan lo ocurrido y se reconcilian.

Miryam Singer y Miriam Caparotta fueron las hermanas, a quienes se escuchó con mucho agrado en sus dúos y solos, cantados con escuela y suelta actuación; Isaac Verdugo y Patricio Sabate fueron los amantes con identidades cambiadas y un rendimiento vocal muy estimable en sus registros de tenor y baritono. La Despina de Claudia Virgilio fue todo un hallazgo de gracia mimica y agradable voz en sus intrigas como *Médico* y *Notario*. Don Alfonso, el bajo Rodrigo Navarrete, mirando todo de lejos, previendo el resultado del experimento, tuvo solvencia vocal y escénica.

El joven maestro Eduardo Browne lució como concertador logrando disciplina en los números de conjunto y en el desem-

peño, en general equilibrado de la orquesta. Y previendo que más de alguien sólo hubiera asistido a la segunda parte de la ópera, resumió el argumento del primer acto y repitió la Obertura al comenzar el segundo día de la representación.

En fin, toda una aventura dieciochesca, con trajes actuales, una comunicativa Despina con minifalda, falsos soldados, falsos amores y caída de la fidelidad en las hermanas tras vacilaciones expresadas con muy bella música, que sustenta un argumento previsible, muy de la época (¿de cualquier época?). Y un trabajo notable de todos, en un marco desafiante para lo que es la ópera corriente. Imaginación para montar el decorado con elementos simples, que apoyaron un movimiento escénico que causó hilaridad y tradujo el buen humor mozartiano y el ingenio de Da Ponte. El público aplaudió entusiasmado la prueba de que "así hacen todas".

Daniel Quiroga.